

EL VIENTRE DE LA MONTAÑA

Finalista

Javier Díez Carmona

Nació en 1969. En Abril de 2009 publicó una novela juvenil, *La Casa de los Gentiles* (<http://www.lacasadelosgentiles.blogspot.com>) con Editorial Libresa, de Ecuador. En Abril de 2010 ha publicado *Entre Lagos y Volcanes*, un libro de relatos ambientados en Nicaragua, cuyos beneficios se destinarán a la alfabetización de aquel país (<http://www.bubok.es/libros/172436/ENTRE-LAGOS-Y-VOLCANES>). Ha participado en diferentes certámenes literarios, consiguiendo los siguientes primeros premios: Certamen Literario Pablo Díez, Barcelona, 2007; Certamen Lapurbide de Ansoain, Navarra, 2007; Certamen Ana Orantes de Calatayud, Zaragoza, 2007; Luis Estrada de Médicos Mundi, Asturias, 2008; Dolores Ibarruri de Gallarta, Bizkaia, 2008; DesContar el Hambre, de la F.A.O, Santiago de Chile, 2008; Bizkaidatz de la Diputación Foral de Bizkaia, 2008; Relatos de Minería de Abanto, 2008; Iurreta, Bizkaia, 2009; Melómene, Villa de Ingenio, Gran Canaria, 2009; Castillejo-Benigno Vaquero, Pinos Puente, Granada, 2009; Mujer Trabajadora Ayer Hoy y Mañana de CCOO Andalucía, 2009; Harresiak-Las Murallas en Laguardia, Alava, 2009; Sol Mestizo, Albacete, 2009; Nosotras y ellos en Ledesma, Salamanca, 2009; Certamen sobre los Ocho Objetivos del Milenio, Barcelona, 2010.

“Vos no podés comprenderlo. Pareciera, no es cierto, pareciera algo imposible, algo sin lógica. Irreal. Sin embargo... Sin embargo, es la verdad. Una verdad que yo mismo no termino de creer, una verdad arrancada de cualquier folletín porteño, de aquellos relatos que, cuando chico, me empujaban a esconderme bajo la cobija, apretar los párpados con rabia, y repetir a mis adentros que los cuentos y sus protagonistas son fantasías, entelequias cuya vida se extingue una vez cerrado el dominical. Pero ahora...”

“Me preocupó no verla a mi lado ¿sabés? En principio pensé que se levantó a caminar, o a pasarla, no más, mirando Pamplona desde lo alto. Estaba enamorada de ese paisaje ¿sabés? Más que de mí, seguro. Estaba prendada de las luces que sitiaban el monte, de los caracoles esbozados por los nudos de la autopista, de las redes de farolas verdosas de los barrios nuevos, del sangriento fulgor de la zona vieja, allá donde todo converge: los turistas, las estrechas callejas, los borrachos, cada cual con una lamparita de su propia tonalidad. Que, desvelada, se fuera a contemplar el horizonte no era raro. Lo raro es que no se veía nada. Ni el paisaje, ni el camino, ni los restos del viejo fuerte que coronaba la montaña, ni la carpa a medio montar... Nada. Todo era una mancha enfermiza, un borrón blancuzco que, a cada movimiento, se rasgaba de puro denso. Jamás vi una niebla así, ¿sabés? En mi tierra, a veces, una bruma ligera nace del océano y flota por lapsos breves, muy breves, sobre el oleaje siempre calmo. Pero lo de aquella noche... Bueno, era lo más parecido a volverse ciego, vos sabés”.

“No creo que me despertara nada en concreto. Bueno, no sé. A veces, dormidos, escuchamos ruidos que incorporamos a nuestros sueños olvidando que están ahí, en el exterior, porque tu mente los absorbe y los transforma en la banda sonora de tus pesadillas. Quizá algún crujido de Maite al incorporarse, quizá la ausencia de su calor. No sé. Lo que importa es que, cuando abrí los ojos, ella había desaparecido. La frazada me miraba con sus colores opacados. Estaba fría, muy fría. Y húmeda. Empapada, en realidad. La niebla fingía una garúa cansina que inundaba el rostro, las ropas diseminadas, los restos de pacharán abandonados sobre el yerbazal domado con revolcones y gemidos. Y tiritaba. De repente, comprendí que tiritaba. De frío, supongo. Pero, en realidad, creo que ya comenzaba a sentir miedo”.

Julio es un descreído. Es el clásico argentino de las películas, de esos que todo te lo cuentan con un raciocinio que alucinas ¿sabes lo que te digo? tipo Federico Luppi hablando de la mierda del corralito con una sonrisa de resignación plantada bajo el bigote ¡Un poco de mala leche, por favor! Todas esas zarándajas de “alguna explicación tendrá esto”, todo su psicoanálisis de taberna, son gilipolleces si te están apuntando con un arma. Ya hablaremos luego, si quieres, ya analizaremos qué ha pasado, cómo entender las sombras que surgían de la niebla pero ¡joder! lo primero es reaccionar. Reaccionar, y seguir vivos. Porque los muertos no matan, da igual el tipo

de drama que carguen a sus espaldas. Así que, cuando escuchas un disparo, y notas el silbido de la bala junto a tu oído, no hay tiempo para interpretaciones.

“Tengo sueño ¡Tanto sueño! Como si una losa se cerrara sobre mis párpados, como si fueran siglos los pasados entre estas cuatro paredes. Quizá sí. Quizá lleve siglos prisionero en el vientre de la montaña. Casi no reconozco la luz, casi no distingo los contornos. A veces, al moverme, siento mis huesos crujir y estremecerse, siento un sabor en la garganta, como de sangre y orina. Sólo puedo permanecer atento, agudizar el oído, el olfato, esperar su llegada. Porque llegarán. Han cesado los tiros, se han apagado los gritos, y el rumor de camiones ascendiendo la ladera inunda este agujero con el eco de la tragedia. Pero no llegan. Y sigo esperando, aferrado a un vulgar cuchillo de cocina, su regreso”.

“Tomé la linterna y salí en su búsqueda. Bueno, son cosas que uno debe hacer ¿sabés? Porque vos sos el hombre y no es raro pensar en accidentes, en asaltos, en violaciones. Así que, con todos los vellos del cuerpo erizados gracias a mi inquieta imaginación, me adentré en las ruinas de la fortaleza. Maite me contó su leyenda. Afirma que, durante la guerra, cientos de prisioneros huyeron ladera abajo, desbandada de famélicos cautivos que, me puedo imaginar, reían al borde de la locura, mientras la cana, vacía y abierta, se empequeñecía en lo alto del Ezkaba. Bueno, vos conocés la cosa. Se toparon de frente con los fachos, y casi ninguno sobrevivió. Pero olvidando los chismes de viejas, el fuerte impresionaba. A nuestro arribo eché un vistazo muy simple, laberinto de caminos y portones que perfora con dedos hormigonados el interior de la montaña. Entonces, agotados por la caminata y demasiado excitados por otros motivos, preferimos explorar nuestras propias galerías, penetrar nuestros misterios, y no las sombras de aquellos túneles abandonados. Recordé aquello cuando afronté la oscuridad, opaca de pura blancura, que esperaba al otro lado de una verja corroída. Vos lo conocés, ¿no es cierto? Allá está repleto de subidas y bajadas, de vericuetos inexplicables donde romperte una pierna y quedar tirado hasta el alba, sin nadie que escuche tus lamentos. Por eso me decidí a entrar. Si Maite tropezó en cualquier trampa invisible, era mi deber encontrarla. No me había internado demasiado cuando escuché los pasos”.

Al sentir los pasos... , joder! No sé. No sé qué pensé. Eran muchos. Muchísimos. Parecía un equipo de fútbol, un ejército, un pelotón ¡yo que sé! Pero no era normal. Para nada.

Terminé de abrocharme los pantalones y me escondí en el mismo pozo donde había meado. Estaba en un túnel estrecho que nacía de la habitación del borno y terminaba en ninguna parte. Temblando, me limité a encogerme y apagar el foco. La niebla me rodeaba y, aunque paso de dioses y todos esos rollos, de repente me encontré rezando, pidiendo a esa bruma que nos había sorprendido tan de repente que se espesara más y más, que me hiciera invisible ¿Por qué tenía miedo? ¡Yo qué sé! A ver, imagínate ahí arriba, a kilómetros de la humanidad, acucillada en un agujero abandonado, más ciega que un topo y atenta a los pasos de un montón de tíos que se acercan sin abrir la boca. Y, bueno, ya sé que es una chorrada, ya sé que la noche, la oscuridad, a veces se meten en la cabeza, a veces no dejan razonar como es debido, pero entonces, encerradica con mi miedo, no me parecieron pasos lo que oía ¡Qué va! No lo parecían, y no me mires así. Ya te digo que eso lo pensé entonces, sola y acojonada en una cárcel desierta. Pero bueno. Vamos, que parecían... , o sea, que sonaba como huesos chocando contra las piedras ¿sabes lo que te digo?”

“Yo caminaba suave, bien pegado a la pared, apuntando al suelo con la lamparita. Marchaba alerta, la respiración casi suspendida. Por eso no me vieron. Recién apagué la luz y busqué refugio en el hueco de las escaleras, los pasos se aceleraron... Sí ¡Pero claro! ¡Por supuesto que eran pasos! ¿Qué, si no? Los pasos, digo, se aceleraron. Retumbaban contra los muros, rebotaban en los techos, en las bóvedas de ladrillos desdentados, se amplificaban. Entonces llegaron las sombras. Y no, no era una patota. Decenas de rostros barbados, de torsos famélicos mal cubiertos con harapos inservibles volaron frente a mi atónita mirada antes de perderse tras la curva y enfilarse por las fauces corroídas de este misterioso dragón fortaleza. Por unos segundos fui incapaz de moverme. Allí me quedé, luchando por controlar el latir precipitado de mi corazón, disfrutando de un nuevo aroma, algo semejante a un perfume a ropa limpia, a sueño de libertad”.

“Debo salir. Yo también debo salir. Todos han huido. No quedan guardias, ni requetés. Apenas cuatro ruidos dispersos: el agua que gotea de las eternas manchas de humedad, el imparable castaño de mis dientes... Me he quedado atrás, perdido, rezagado de los compañeros. Pero no puedo, no puedo evadirme del olor a ponzoña que invade el laberinto, no puedo fugarme de mi mismo, de mi suerte. Sólo el cuchillo, sólo su tacto frío, su metálica certeza, mantiene la fragilidad de la esperanza ahora que, de nuevo, escucho pasos que regresan”.

Entonces tiré pa' la calle. Salí por una abertura lateral, el bueco de una ventana hecha polvo. Ellos se largaron por el portón principal. Desde arriba, desde un tejadillo medio enterrado en la montaña, todavía intuía sus figuras, un montón de siluetas oscuras adentrándose en la niebla. Os juro que se me pone la carne de gallina al recordarlo ¿Quiénes eran? Y, sobre todo ¿de dónde habían salido? Bueno, fueran chorizos, fantasmas o soldados que no se habían enterado del final de la guerra, lo único importante era que desaparecían, se esfumaban en la noche. Se alejaban. Y lo mejor para nosotros sería abrirnos a toda hostia. Aquello no me gustaba ni un pelo. En eso pensaba, quietica todavía sobre las piedras, cuando aparecieron las luces.

“Surgieron de repente. Una montonera de camiones, como los que manejaba mi viejo en el colimbo, se presentó en los patios. La noche dejó de ser noche, se transfiguró en cortina incandescente, una pantalla monstruosa que crecía y se ensanchaba al vaivén de los reflectores. Cientos de figuras invisibles circulaban entre ellos, juraban, maldecían, reían incluso al ritmo de su nervioso ajeteo. Y estaban los disparos. Los disparos retumbaban por los caminos, cercaban a los fugitivos armados de hambre e ilusión. Rugían los disparos, sí, y el eco de aquel sonido parecía brotar del seno mismo de la tierra, parecía nacer del pecho encogido de la montaña, amplificarse en las galerías decrepitas de pintadas y paredes calcinadas, en mis tímpanos amedrentados. Y más allá, los gritos de los vencidos, fusilados bajo el manto discreto de la niebla. Lamentos de moribundo que penetraron cortantes en algún lugar desconocido de mi mismo. Desbocado ya el pánico, retrocedí para ocultarme al interior de las ruinas”.

Volví a toda leche al túnel del que acababa de salir. Porque estos sí, estos acojonaban. Iban uniformados, perfectamente rapados, como cualquier tribu de skinnners, pero no tenían bates ni palitos, no. Estos se paseaban con unas metralletas enormes, unos bichos sacados de alguna película de Alfredo Landa. No, joder, no estoy pesada con las pelis. Lo que pasa es que no se me ocurre otra forma de describirlo ¿vale? No eran armas de las que ves en telediario o frente al Gobierno Militar ¡Qué va! Eran mucho más grandes. Más tochos. Y disparaban, claro que disparaban. Dirigían sus ráfagas a la niebla, y los fogonazos iluminaban la noche como un aviso, como una señal de lo que iba a pasar. Primero un chispazo, así, rojo fuego, después el ta-ta-ta, el olor a pólvora quemada y luego, a lo lejos, un gemido, quizá un golpe seco, el ruido de un cuerpo al caer inerte en la ladera. Sí. Estos acojonaban que te cagas. Abí me puse a temblar como una loca, abí olvidé a Julio, la mochila y todo lo que me rodeaba, y regresé corriendo al rincón de los fogones.

“Están aquí. Ya están aquí. Puedo verlos, puedo palparlos, olerlos incluso ¿Cómo han descubierto la fuga con tanta rapidez? ¿Quién es el traidor? No importa. Ahora, nada importa. Los camaradas, los que han huido en primer lugar, quienes han seguido su camino, están muertos. Sólo quedo yo, un ridículo cuchillo como única defensa. Pero no volverán a echarme a una mazmorra. No regresaré a ese agujero hediondo, no les permitiré tratarme de nuevo como a un animal. Escucho sus pasos. Perforan la galería, destrozan los cerrojos, se aproximan. Cierro el puño con más fuerza. Si he de morir, no seré el único”.

“Me arrastré rozando los muros con el hombro, caminando rengo en la oscuridad. Los tiros iban y venían, los gritos de mando y los aullidos desgarrados rasgaban la noche. La presencia de los reflectores en el patio regalaba algo de visibilidad, la justa para intuir una burda orientación en aquel laberinto del averno ¿sabés? porque eso sentí mientras reptaba como una alimaña herida por el suelo sucio de barro y algo viscoso, que a mi espalda dejaba la vida, dejaba mi pasado y a los míos, para adentrarme en una pesadilla parida por un Dante borracho”.

“Aquellos milicos imposibles pronto derribaron el portón, una valla que, al desplomarse, hizo crujir la ciudadela. Se les escuchaba por doquier, orgía de pisadas huecas entrecruzadas en celdas y pasillos. Huecas, sí. Ya que lo preguntás, estas sí, éstas sonaban huecas, algo como madera sobre piedra, ¿sabés? O hueso, sí. Podría ser hueso sobre piedra, no lo sé. Creo que ya no sé lo que escuché, ni lo que vi. Empiezo a pensar que ya no sé nada”.

“Entonces me iluminaron. Sentí la luz, el haz de una linterna clavado en mi espalda como una mira telescópica. Y la voz. Esa voz cavernosa, hija de una garganta sin cuerdas vocales, esa voz que gritaba “alto” con la autoridad que otorga la eternidad. Pero claro, una cosa es su autoridad, y otra mis piernas. Me incorporé de un salto y sin mirar atrás, sin tiempo de recapacitar, de analizar los pros y los contras de una posible rendición, salí corriendo para sumergirme cada vez más en la espesura de las tinieblas. Entonces, reflejada por el destello de los disparos, tropecé con la silueta que me cortaba el paso”.

¡De verdad! ¡De verdad, os juro que en mi vida he tenido tanto miedo! Os juro que jamás he sentido tanto frío, jamás me he mordido así los labios, luchando por contener esa histeria que me arañaba por dentro. Los militares estaban por todo el edificio. Las luces agigantaban sus siluetas, se escuchaba otra vez ese ruido de ultratumba, esos murmullos de odio contenido

que amenazaban con volverme loca. Sí. Vale, a lo mejor estoy majara ¡yo qué sé! Llamad a un experto y que os cuente. Pero mirad, mirad mi brazo ¿Veis la piel? Toda erizada, sólo de recordarlo. Intenté desaparecer, agacharme tanto que se me confundiera con un mueble, con un bulto abandonado en aquella esquina que apestaba a meados. Me tapé la cara con el pelo, como un avestruz sin cerebro, y me dejé caer. Entonces noté un pinchazo. Removí con los dedos aquel fango asqueroso, y encontré el cuchillo. Todo viejo y roñoso, pero un cuchillo al fin y al cabo. Y es curioso como funciona nuestra mente, porque sólo con tenerlo entre mis manos, me sentí mejor. Más segura ¡Qué bobada! Abí fuera había un montón de tíos ametrallando a todo lo que se cruzaba en su camino, y yo me sentía protegida por semejante mierdecica ¿sabes lo que te digo? Así que, empuñándolo, abandoné mi refugio para buscar otra salida. Pero no tuve tiempo ni de doblar la primera esquina. Una ráfaga brilló contra los muros, y de reojo, intuí la sombra que se abalanzaba contra mí. Grité, grité como una posesa, como si fuera lo último que me quedaba por hacer en este mundo, y golpeé la noche con la navaja. Y se hizo el silencio. De repente, del fragor de la batalla pasamos a un silencio que dolía de tan profundo. Del centelleo de los balazos, del resplandor de los focos, pasamos a la más densa de las negruras. Sólo un ruido rompió aquella quietud, el resonar seco de un cadáver desplomado contra el suelo, un golpe que se extinguió lentamente a lo largo de las galerías abandonadas. Sabes lo que te digo, ¿no? Sí. Claro que lo sabes. Por eso estoy en esta celda.

“Viste, ché, viste si es perra la vida. Lo lindos que son los atardeceres porteños, cuando el cielo se tiñe de violeta sobre los tejados, cuando la gente camina hasta los cafetines, en busca de sus buenos momentos de plática, de sosiego, tras una jornada de laburo. Y yo acá, perdido en esta perpetua oscuridad, en lo alto de un monte que nunca llegué a conocer. Bueno. Pero vale ya quejarse. Al menos, no quedé solo ¿Sabés? Al menos, cuando mi sangre se filtró entre las grietas de las losas, cuando se mezcló con tus huesos, quebrados de puro viejos, nació esta callada solidaridad que nos mantiene unidos, eternamente unidos, en el mero vientre de la montaña”.

En Mayo de 1938, 795 presos republicanos protagonizaron una fuga masiva del Fuerte San Cristobal, en lo alto del monte Ezkaba, cerca de Pamplona. Interceptados en plena ladera, la mayoría murieron o fueron devueltos a sus celdas.